

*Una exposición de Daniel 9:20-27*

# LA PROFECÍA MÁS EXTRAORDINARIA

jamás  
cumplida

L.R. SHELTON, JR. (1923-2003)



# LA PROFECÍA MÁS EXTRAORDINARIA JAMÁS CUMPLIDA

*Una exposición de Daniel 9:20-27*

## Contenido

1. Resumen.....	3
2. La mano de Dios en acción.....	8
3. «Terminar la prevaricación» .....	9
4. «Poner fin al pecado».....	12
5. «Expiar la iniquidad» .....	15
6. «Traer la justicia perdurable» .....	17
7. «Sellar la visión y la profecía» .....	19
8. «Ungir al Santo de los santos» .....	22
9. «Sabe, pues, y entiende».....	26
10. «Un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad» .....	30
11. «Confirmará el pacto con muchos».....	34
12. «Hará cesar el sacrificio».....	39

**Agradecimientos:** Doy gracias al Espíritu Santo que mora en mí, ya que solo Él nos capacita para comprender Su preciosa Palabra. Es Él quien se ha complacido en revelar estas verdades a mi corazón y darme la disposición para recibir las y proclamarlas. También estoy profundamente en deuda con los siguientes hombres cuyos escritos, bajo la dirección del Espíritu Santo, han sido usados como ayuda e instrucción en lo concerniente al reino de Dios: D. M. Lloyd-Jones, William Hendriksen y Philip Mauro. Siempre traigo a la memoria Efesios 4:11-16, donde se nos dice que nuestro Señor dio a Su iglesia «pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo».

El pastor Shelton originalmente compartió este texto en la década de 1970, como una serie de mensajes de radio a través de The Word of Truth Radio Network, que, en su mejor momento, contaba con unas 50 estaciones.

Originalmente titulado en inglés *The Greatest Prophecy Ever Fulfilled*.

© Copyright 2022 Chapel Library. Impreso en los Estados Unidos. Se concede expresamente permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que:

- 1) No se cobre más allá de una suma nominal por el costo de la duplicación.
- 2) Se incluya este aviso de copyright y todo el texto de esta página.

Chapel Library es un ministerio de fe que depende enteramente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean colaborar. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

**En todo el mundo,** por favor, descargue este material de nuestro sitio web sin costo alguno, o póngase en contacto con el distribuidor internacional que corresponda a su país, según la lista que aparece en nuestra página.

**En Norteamérica,** para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, favor de ponerse en contacto con

**CHAPEL LIBRARY**  
**2603 West Wright Street**  
**Pensacola, Florida 32505 USA**

Phone: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227  
chapel@mountzion.org • [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)

# LA PROFECÍA MÁS EXTRAORDINARIA JAMÁS CUMPLIDA

## 1. Resumen

### A. Introducción

Con la ayuda del Espíritu Santo, consideraremos «La profecía más extraordinaria jamás cumplida», basada en Daniel 9:20-27.

Mi oración es que nuestro bondadoso Señor, por medio de Su Espíritu, abra los ojos de nuestro entendimiento para darnos luz y conocimiento sobre esta bendita porción de Su Palabra, que trata de la «bondad y la severidad de Dios» (Ro 11:22). Habla de la *bondad* de Dios porque en ella tenemos la gran profecía concerniente a la obra de nuestro Señor Jesucristo, al traer la gracia y la misericordia de Dios a Su pueblo por medio de Su obra sustitutiva en la cruz. Y expone la *severidad* de Dios contra los pecados de la nación judía en aquel momento, al rechazar y crucificar al Señor de la gloria.

La Escritura que contiene esta profecía es una de las más maravillosas e importantes de la Palabra de Dios. En esta porción es de supremo interés la medida de tiempo registrada divinamente, que comienza con el regreso de los israelitas del cautiverio babilónico, hasta el evento culminante de toda la profecía y toda la historia: hasta la llegada del «Mesías» y Su crucifixión.

En la primera parte del capítulo 9 de Daniel, él ha estado orando y confesando tanto sus pecados como los de su pueblo, Israel, porque al leer en los libros comprendió el número de años revelados por el Señor al profeta Jeremías: los setenta años en que había de cumplirse la desolación de Jerusalén (9:2). En respuesta a la oración de Daniel vino esta gran profecía.

«Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio,

volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio<sup>1</sup> de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión. Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para *terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos*. Sabe, pues, y entiende, que, desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de *un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda*. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador». Dn 9:20-27

## B. Razones para este estudio

Debemos considerar este tema por varias razones. En *primer* lugar, para glorificar al Dios vivo y trino en Cristo. Él mismo ha puesto ante nosotros esta extraordinaria profecía para que sea glorificado, tanto en Su *bondad* al enviar a Cristo a morir por Su pueblo, como en Su *severidad* al llevar a la nación judía a un estado de desolación e ira a causa de su rechazo y crucifixión del Señor de la gloria.

La *segunda* razón para este estudio es considerar el tema central de la Palabra de Dios: la cruz de Cristo. Dios descendió para reconciliarnos consigo mismo mediante el sacrificio de Su Hijo unigénito en el calvario. Esta profecía presenta a nuestro Salvador y la cruz del Calvario. Declara en detalle que, al morir por Su pueblo:

- 1) Él pondría fin a los pecados al convertirse en la ofrenda por el pecado de Su pueblo
- 2) Él expiaría la iniquidad para que los pobres pecadores pudieran reconciliarse con el Dios Santo, y
- 3) Él traería la justicia eterna para que Su pueblo, por el cual murió, pudiera ser considerado justo ante Dios en Él.

---

<sup>1</sup> **sacrificio** – lo que se ofrece como sacrificio en la adoración; a veces se utiliza para distinguir las ofrendas (de harina o de grano) de los sacrificios de animales.

La *tercera* razón para el estudio de este tema es mostrar que esta porción de las Escrituras no tiene nada que ver con un anticristo que se supone que vendrá en el futuro, que desde ese momento hasta ahora habrían sido unos 2500 años. Tampoco establece un período de tribulación en alguna fecha futura en la que la nación judía jugará un papel importante. No, estas cosas se basan en una interpretación diferente<sup>2</sup> de los versículos 26 y 27 de Daniel 9. Más bien, este texto se refiere a la desolación traída sobre la nación judía por Tito, el general romano, en el año 70 d.C. Esto lo confirma nuestro Señor mismo en el discurso del Monte de los Olivos, según se registra en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21. Todo esto lo veremos en detalle.

### C. Contenido de la profecía

Veamos ahora el contenido de esta gran profecía. Esta profecía concierne al pueblo de Daniel, su santuario y la ciudad de Jerusalén está vinculada a un período de tiempo de setenta semanas. Muchos estudiosos de la Biblia reconocen que estas setenta semanas o 490 días son simbólicas y se refieren a años: cada día representa un año, es decir, 490 años.

Fue este mismo principio (año por día) el que se utiliza en Números 14:34. A causa de la incredulidad, los israelitas debían vagar durante 40 años por el desierto, un año por cada día que los espías se ausentaron para examinar la tierra. Este mismo principio se utiliza en Ezequiel 4:4-6: «Yo te he dado los años de su maldad por el número de los días».

Ahora sabemos que esta interpretación es correcta porque ya se ha cumplido. Desde el mandamiento de restaurar y edificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe (v. 25) pasaron 69 semanas o 483 años. La profecía se cumplió porque pasaron 483 años desde que el rey Ciro dio este decreto para que los judíos salieran del cautiverio babilónico hasta el bautismo del Mesías, nuestro Señor Jesucristo, por Juan el Bautista en el río Jordán.

La creencia general de la cristiandad es que las siete semanas y sesenta y dos semanas (es decir, 69 semanas o 483 años) debían contarse desde el tiempo de la profecía hasta el Mesías. Sin embargo, en lo que respecta a la última semana de la profecía, la 70ª semana, hay dos interpretaciones

---

<sup>2</sup> El autor se refiere al **dispensacionalismo**: un sistema de teología que divide la Palabra de Dios en períodos arbitrarios con supuestas diferencias en la forma en que Dios salva a los hombres de sus pecados. Sus defensores extremos sostienen que los santos del Antiguo Testamento no formaban parte de la Iglesia de Dios y que la Ley no tiene relación con el cristiano como guía para la vida moral. El sistema incluye un reino literal de 1.000 años de Jesucristo en la tierra después de un rapto de los creyentes antes de un período de gran tribulación. Fue inicialmente defendido por John Nelson Darby (1800-1882) y promovido por Cyrus Ingerson Scofield (1843-1921).

totalmente diferentes que se mantienen hoy en día: la interpretación futurista y la interpretación cumplida.

La interpretación *futurista*<sup>3</sup> enseña que una brecha de 2000 años más o menos separa la 70ª semana de las otras 69 semanas que se cuentan hasta el Mesías. La interpretación *cumplida* enseña que no hay una brecha entre la 69ª y la 70ª semanas, ya que la 70ª semana siguió a la 69ª en una secuencia lógica.

La interpretación *futurista* enseña que la 70ª semana hace referencia a un anticristo que hará un pacto con los judíos. Este pacto, dicen, permitirá a los judíos ofrecer sacrificios en un templo «reconstruido» en Jerusalén durante siete años. Sin embargo, después de tres años y medio, el anticristo romperá este pacto y hará que cesen los sacrificios. Luego vendrá el período de la gran tribulación, cuando los judíos sufrirán mucho bajo este anticristo.

La interpretación *cumplida*, por otro lado, es que la 70ª semana se refiere al momento en que Cristo abrirá el pacto a muchos, pondrá fin a los pecados, hará la reconciliación por la iniquidad, traerá la justicia eterna y hará que cesen los sacrificios judíos ordenados por Dios en el Antiguo Testamento, al convertirse Él mismo en el sacrificio final y perfecto por los pecados.

La interpretación *futurista* nos hace estar a la expectativa de un anticristo y le concede el honor de nuestra atención. La interpretación *cumplida* nos hace estar a la expectativa de un Señor crucificado, resucitado y exaltado, que cumplió la voluntad del Padre al traer la salvación eterna. Esta interpretación le da a Él todo el honor y la gloria.

La interpretación *futurista* ofrece una falsa esperanza a la nación judía al decirles que todavía son la nación elegida por Dios y que, a pesar de su continua incredulidad: 1) volverán a su tierra, 2) construirán el templo, 3) serán aceptados por Dios y 4) serán protegidos por Él en un supuesto período de tribulación de siete años. La interpretación *cumplida* muestra que no hay acepción de personas ante Dios, que la única esperanza tanto para los judíos como para los gentiles, en cualquier época, es la esperanza del evangelio de la gracia de Dios. La única esperanza que se ofrece a cualquiera es deponer las armas de la rebelión contra Dios en el arrepentimiento, y volverse del pecado a un Dios santo por la fe en Jesucristo, quien se entregó como sacrificio por los pecadores en el Calvario.

La razón por la que Satanás ha oscurecido el significado de estos versículos en las mentes de tantos es porque implican la perdición de la nación judía hace casi 2.000 años. Este pasaje nos enseña que Dios profetizó a Daniel que la nación judía terminaría las prevaricaciones durante estas

---

<sup>3</sup> **interpretación futurista** – otra categoría para el dispensacionalismo.

70 semanas (o 490 años) y que sería separada de Dios como nación a causa de su pecado. Nuestro Señor lo confirmó en Mateo 23:32, 35-36, 38 diciendo: «Llenad, pues, la medida de la culpa de vuestros padres...para que recaiga sobre vosotros la culpa de toda la sangre justa derramada sobre la tierra...todo esto vendrá sobre esta generación... He aquí, vuestra casa se os deja desierta».

Esta es la razón por la que nuestro Señor dio una advertencia tan detallada en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21 a Sus discípulos y seguidores, para que estuvieran advertidos y, por lo tanto, huyeran de la ciudad de Jerusalén antes de que Sus juicios se cumplieran en el año 70 d.C. Él dijo: «Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que, en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella. Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas» (Lc 21:20-22).

¿Qué eran estas cosas que estaban escritas? Eran las profecías dadas a Daniel sobre la destrucción de su pueblo, los judíos, su ciudad y su templo, lo que de hecho ocurrió en el año 70 d.C. En Mateo 24:15-16 también se lee: «Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes».

Nuestro Señor vio venir este juicio, pues conocía la verdadera palabra de la profecía: «El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía» (Ap 19:10). Esto es lo que le hizo llorar sobre la ciudad de Jerusalén cuando entró en ella por última vez antes de Su crucifixión: «¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación» (Lc 19:41-44).

De nuevo, cuando salió de la ciudad de Jerusalén por última vez, exclamó: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta» (Mt 23:37-38).

Estas son, pues, las principales cosas que estudiaremos en esta serie de mensajes sobre la profecía más extraordinaria jamás cumplida: la venida y la crucifixión del Mesías, y la destrucción y desolación de la nación judía, su ciudad y su templo. Aquí se observa tanto la *bondad como la severidad* de Dios.



## 2. La mano de Dios en acción

Así que vemos tanto la *bondad* de Dios al enviar a Cristo, Su amado Hijo, para morir por Su pueblo; como Su *severidad* al llevar a la nación judía a un estado de desolación e ira por su continuo pecado de rebelión contra Él, y su pecado de rechazar y crucificar al Señor de la gloria.

Estos versículos que encontramos en Daniel 9 establecen de manera muy explícita que esta obra de la *bondad* y la *severidad* de Dios se llevaría a cabo en un marco de 490 años, o setenta semanas de días, un año por día, que se extenderían desde el momento en que el rey Ciro de Persia emitió el decreto para que los judíos salieran del cautiverio babilónico (Esd 1:1-4) hasta el bautismo de Cristo, el Mesías, por Juan el Bautista en el río Jordán. Esto fue 483 años, y luego en 3½ años de la 70ª semana, cuando Él debería morir por Su pueblo.

En las siguientes secciones presentaremos una exposición versículo por versículo de esta profecía, comenzando en el versículo 24. Las setenta semanas o 490 años fueron determinados sobre el pueblo de Daniel, los judíos, sobre su ciudad y sobre su santuario o templo. Este es el tema de esta profecía: Los tratos de Dios con la nación judía, con el pueblo judío, con la ciudad de Jerusalén y el santuario o templo judío, en un marco de 70 semanas o 490 años. Y la figura central, la que destaca por encima de todo, es el Mesías, Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios. Debemos tener esto en cuenta.

Obsérvese que los primeros 49 años (o siete semanas), según el versículo 25, se emplearon en reconstruir la ciudad de Jerusalén, sus murañas y el templo en tiempos muy difíciles. Esto se logró bajo Zorobabel, Josué, Esdras y Nehemías, como se registra en los libros de Esdras, Nehemías, Hageo y Zacarías.

Es maravilloso ver cómo la mano de la providencia de Dios se mueve para cumplir esta profecía. Dios había indicado a los profetas Jeremías e Isaías el tiempo exacto que la nación judía permanecería en el cautiverio babilónico, y cuándo y por quién serían liberados de este cautiverio. Jeremías nos revela estas palabras, en el capítulo 25:11-12 de su profecía: «Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años. Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho Jehová, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desiertos para siempre».

Luego, en Isaías 24:3 y ss. y 44:26 y ss., el profeta expone en la profecía que Dios levantaría al rey Ciro de los persas para conquistar Babilonia, liberar a Su pueblo y decretar que la gente volviera a Jerusalén para reconstruir. «Jerusalén: Serás habitada; y a las ciudades de Judá:

Reconstruidas serán, y sus ruinas reedificaré; que dice a las profundidades: Secaos, y tus ríos haré secar; que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado». Como ya hemos dicho, esta profecía y su cumplimiento se registran en Esdras 1:1-4 y 2 Crónicas 36:22-23.

Por favor, fíjate en la palabra «determinado» en los versículos 24 y 27: «Setenta semanas están *determinadas* sobre tu pueblo». «Con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador...y lo que está *determinado* se derrame sobre el desolador». La palabra significa haber constatado, haber calculado, haber fijado con precisión, haber establecido de manera concluyente en la mente de uno lo que se va a hacer, estar resuelto a llevarlo a cabo. Esto es precisamente lo que nuestro Dios ha hecho en esta profecía. Determinó que habría 490 años en los que sucederían ciertas cosas, ¡y luego las hizo! Este período de tiempo se extendería desde la salida de los judíos del cautiverio babilónico hasta la muerte del Mesías en la cruz, en la semana 70 o en los últimos siete años.

Ya hemos visto en el versículo 25 uno de estos eventos inevitables que Dios había determinado: que se volvería a construir Jerusalén, sus calles, sus muros y su templo en tiempos difíciles. Luego seguiría un período de 441 años o 63 semanas, en el cual tendrían lugar las profecías registradas en el versículo 24: 1) Para terminar la prevaricación, 2) para poner fin al pecado, 3) para expiar la iniquidad, 4) para traer la justicia perdurable, 5) para sellar la visión y la profecía, 6) para ungir al Santo de los santos, y luego lo que se declara en el versículo 27: «Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador».

Es imprescindible para una correcta comprensión de esta profecía tener en cuenta que estas profecías de los versículos 24 y 27 debían cumplirse, y ya se han cumplido, puesto que Cristo murió en medio de la 70ª semana. ¿Y qué siguió inmediatamente después de esto? Su resurrección de entre los muertos, Su ascensión al cielo y la desolación total de la nación judía en el año 70 d.C.

### **3. «Terminar la prevaricación»**

Veamos ahora en detalle cada una de estas seis expresiones que se registran en el versículo 24, y a continuación consideraremos las diversas expresiones registradas en el versículo 27.

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para *terminar la prevaricación*, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos».

Primero, para «terminar la prevaricación». ¿Qué significa esto y a quién se refiere? La transgresión de Israel había sido durante mucho tiempo la preocupación central del mensaje de los profetas de Dios. Fue por sus transgresiones que habían ido al cautiverio y que su tierra había quedado desolada durante setenta años. El mismo Daniel lo había confesado, al decir en el versículo 11 de su oración: «Todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer tu voz; por lo cual ha caído sobre nosotros la maldición». Pero aquí, en el versículo 24, el ángel Gabriel le reveló a Daniel la alarmante noticia de que la medida total de la transgresión de Israel aún estaba por completarse, que los hijos aún debían *llenar* la medida de la iniquidad de sus padres y que, como consecuencia, Dios traería sobre ellos una desolación mucho mayor que la que había causado Nabucodonosor. «Terminar la prevaricación» no podía significar otra cosa que la traición y crucifixión de Su prometido y esperado Mesías, el Señor Jesucristo.

### **A. Mateo 23:32-35**

En este punto debemos recordar las palabras similares pronunciadas por nuestro Señor, el Mesías, a los líderes del pueblo, los escribas y fariseos de Su tiempo, como se registra en Mateo 23:32-35. Después de presentar una acusación tan recriminatoria contra ellos a causa de sus pecados, dijo: «¡Vosotros... llenad la medida de vuestros padres! ...para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra». En estas palabras de Cristo encontramos, en primer lugar, una declaración de que había llegado la hora de que ellos «terminaran la prevaricación»; y, en segundo lugar, una fuerte insinuación de que las desolaciones profetizadas vendrían a modo de un juicio sobre esa generación, como aparece en las palabras: «para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra». Al mirar de cerca Mateo 23:36, encontramos la terrible condena pronunciada sobre la ciudad amada y el pueblo, una aterradora palabra de juicio: «De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación». Luego añadió en el versículo 38: «He aquí vuestra casa os es dejada desierta».

Seguramente no hay nada en toda la historia que pueda compararse con los juicios que se derramaron sobre Jerusalén en el momento de su destrucción en el año 70 d.C., los cuales fueron el final de la transgresión y la gran desolación del pueblo judío, por lo que fueron arrancados del verdadero olivo (véase Romanos 11).

Este terrible juicio y desolación que les esperaba estaban tan presentes en la mente de nuestro Señor que Su alma se vio compelida a clamar con angustia: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mt 23:37).

## **B. Lucas 23:27-31**

Incluso cuando nuestro bendito Señor estaba en camino hacia la cruz, se preocupó más por los sufrimientos que sobrevendrían a esa generación porque iban a «terminar la prevaricación», que por Sus propios sufrimientos en la cruz. Leemos en Lucas 23:27-31 estas palabras de compasión, amor y misericordia: «Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él. Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?». Jesucristo está diciendo: Si Él, el inocente, el árbol verde, fue objeto de tales malos tratos y sumido en el sufrimiento, ¿qué les ocurrirá a los culpables, al árbol seco, cuando el juicio caiga sobre ellos como ocurrió en el año 70 d. C. en la caída de Jerusalén?

## **C. Advertencia para hoy**

¿Empiezas a ver cómo se desarrolla esta gran profecía y el terrible juicio del que habla? Permíteme advertirte ahora mismo: si persistes en tu transgresión contra Dios, no te inclinas a Sus pies en arrepentimiento y no confías en Su bendito Hijo para la salvación de tus pecados, tú también serás cortado en el día «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de Su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de Su poder» (2 Ts 1:7-9). Oh, amigo mío, ¿has encontrado misericordia de Su ira en el refugio que Dios ha provisto en Cristo?

No es de extrañar que Satanás haya cegado las mentes de tantos hoy en día, en relación con la verdadera interpretación de esta profecía concerniente a las 70 semanas de Daniel 9. Lo ha hecho porque revela la severidad de Dios, el juicio de Dios contra el pecado de una nación o de un individuo. En este caso fue el repudio total y completo de la nación de Israel, del cual esta, como tal, nunca ha regresado ni regresará. Dios los abandonó como nación en el año 70 d.C. Ahora, sabemos que muchos

judíos según la carne se salvan de la única forma posible para cualquiera: por medio del arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo. Solo pueden ser salvos por el Libertador que salió de Sion, el Mesías, el Señor Jesucristo, que se entregó en el monte Calvario por el pecado.

Esto es lo que nos dice la segunda expresión mencionada en el versículo 24 de Daniel 9: ¡Que el Mesías, cuando fuera cortado a mitad de la semana 70, «pondría fin a los pecados» mediante el sacrificio de Sí mismo!

*¡Consumado es! ¡El Mesías muere!  
Cortado por los pecados, pero no por los Suyos.  
El sacrificio ha sido cumplido;  
La gran obra redentora está hecha.*

*Terminada está nuestra vil transgresión  
Y purgada la culpa de todo nuestro pecado;  
Y la justicia eterna  
Es provista para todo Su pueblo.*

*Consumado es, toda mi culpa y mi dolor.  
No quiero ningún otro sacrificio.  
Por mí, por mí fue sacrificado el Cordero,  
Y estoy justificado para siempre.*

*El pecado, la muerte y el infierno están ahora sometidos;  
Toda gracia es ahora dada a los pecadores;  
Y he aquí que apelo a la sangre expiatoria,  
Para el perdón, la santidad y el cielo.*

—Charles Wesley, 1707-1788

## 4. «Poner fin a los pecados»

### A. Resumen

Hay grandes verdades expuestas en este capítulo 9 de Daniel. Parecería que no hay nada en las Escrituras que supere la oración de Daniel en 9:1-19. Nos muestra el corazón mismo de Daniel: su profunda preocupación por la gloria del Señor su Dios; su odio por el pecado y la necesidad de confesar ante Dios todas las transgresiones que él y su pueblo habían cometido; su preocupación por su nación, los judíos, y su liberación del cautiverio babilónico. Nos presenta un espíritu de intercesión que deberíamos anhelar imitar. Escucha los comentarios finales de su oración mientras le suplica a Dios que tenga misericordia.

«Inclina, oh, Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; oh, Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque Tu nombre es invocado sobre Tu ciudad y sobre Tu pueblo» (vv. 18-19).

Luego, en respuesta a la oración de Daniel, el ángel Gabriel fue enviado con un mensaje de profunda importancia, tan trascendental y con tal efecto sobre Daniel que los versículos 2 y 3 del capítulo 10 nos dicen que estuvo de duelo por tres semanas completas. ¿Cuál fue, entonces, este mensaje que afectó tanto a Daniel? Era un mensaje que hablaba tanto de la *bondad* como de la *severidad* de Dios: la bondad de Dios al enviar a Cristo, Su amado Hijo, para que muriera por Su pueblo, y Su severidad, o juicio, al llevar a la nación judía a un estado de desolación e ira, debido a su continuo pecado de rebelión contra Él y a su pecado de rechazar y crucificar al Señor de la gloria.

Anteriormente vimos que los versículos 24-27 de Daniel 9 proporcionan el calendario de 490 años en los que Dios llevaría a cabo ciertas cosas y en los que manifestaría Su bondad y Su Severidad. También hemos visto el primero de los seis eventos dados en el versículo 24 que se desarrollarían en este período de 70 semanas de años o 490 años, sobre el pueblo de Daniel, los judíos, y sobre la santa ciudad de Jerusalén.

Veamos ahora la segunda expresión revelada a Daniel por el ángel Gabriel de lo que iba a suceder. Cuando la transgresión de la nación judía terminó, según las propias palabras de nuestro Señor en Mateo 23:32, 34-36 y 38, entonces se cumplieron las palabras pronunciadas por Pedro en el día de Pentecostés en Hechos 2:23: que Cristo, entregado a los judíos por el «determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios», fue tomado y crucificado por manos de inicuos. Esto constituyó el pecado supremo de la nación de Israel.

Pablo lo confirma en 1 Tesalonicenses 2:16. Al hablar de los judíos que mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, que persiguieron a los cristianos, que no agradaron a Dios y que se oponen a todos los hombres (vs. 15), Pablo añade en el versículo 16 que, debido a esto (terminar con la transgresión), ellos siempre colman la medida de sus pecados, y por esto la ira de Dios vino sobre ellos hasta el extremo. Esta ira de Dios vino sobre ellos hasta el extremo en el año 70 d.C., cuando la ciudad santa, Jerusalén, fue destruida, el templo devastado, los sacrificios de sangre cesaron, el pueblo de Israel se dispersó entre las naciones de la tierra y dejaron de ser la nación elegida de Dios. Sabemos por Mateo 21:43 que Él entregó el reino a un pueblo que produce los frutos de Cristo, el cual,

según 1 Pedro 2:9, es el verdadero Israel de Dios, la iglesia del Dios vivo: «Mas vosotros *sois linaje* escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable».

## B. «Poner fin al pecado»

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y *poner fin al pecado*, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos».

La segunda expresión en el versículo 24 es que Cristo por Su muerte «pondría fin a los pecados». Es un hecho que Dios convierte la ira del hombre en alabanza para el Señor (Sal 76:10); esto es lo que ocurrió en la cruz. Fue la ira de la nación judía la que llevó a nuestro Señor a la cruz y esa acción completó su transgresión. Pero también sirvió para quitar los pecados de los elegidos de Dios y para «poner fin a los pecados» mediante el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo. Aquí vemos la maravillosa obra de la sabiduría de Dios al hacer que el pecado extremo del hombre lograra la redención eterna, y así proporcionar un remedio absoluto para el pecado. Porque la crucifixión de Cristo, aunque fue realmente un acto de maldad diabólica por parte del hombre, fue por parte de Cristo la ofrenda sin mancha de Sí mismo para Dios, como sacrificio por los pecados (He 9:14). Sí, fue en la cruz donde nuestro bendito Señor Jesús ofreció «una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados» (He 10:12).

¡Oh, qué preciosa y llena de gracia es esta verdad para los corazones de todos los redimidos de Dios! Nos dice que Uno estuvo dispuesto a despojarse de Su reputación, a tomar la forma de siervo, a hacerse semejante a un cuerpo de pecado, a humillarse y hacerse obediente hasta la muerte, incluso la muerte de cruz (Fil 2:7-8; Ro 8:3). ¿Y por qué razón? Para purificarnos de todos nuestros pecados (He 1:3); para limpiar nuestras conciencias de obras muertas y servir al Dios vivo (He 9:14); para manifestar la justicia de Dios para la remisión de los pecados pasados, mediante la paciencia de Dios (Ro 3: 25); para librarnos de la maldición de la Ley por nuestro pecado (Gá 3:13); para librarnos de este presente siglo malo (Gá 1:4); y para presentarnos ante Sí mismo santos y sin mancha ni arruga, en el día de nuestra glorificación (Ef 5:27).

Podríamos citar muchos otros textos de la Escritura, pero estos que hemos mencionado son suficientes para demostrar que estas palabras, «poner fin al pecado» (Dn 9:24) se cumplieron en la muerte de nuestro Señor, y esto tenía que acontecer en el marco de las 70 semanas de años. De hecho, el versículo 26 nos dice que era luego de las 69 semanas o 483 años que el Mesías iba a ser muerto; esto lo sitúa en la 70ª semana. Este

fue el enfoque de las secciones anteriores: que la 70ª semana de Daniel ya se cumplió y no es algo que debamos esperar que suceda en el futuro.

## 5. «Expiar la iniquidad»

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y *expiar la iniquidad*, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos».

### A. El evangelio en Daniel

La tercera expresión en Daniel 9:24 que el ángel Gabriel dijo que se cumpliría es que nuestro Señor iba a «expiar la iniquidad». Qué bendita verdad del evangelio es esta, que el sustituto divino y humano de los pecadores, el Señor Jesucristo, ha hecho la reconciliación por nuestra iniquidad. La necesidad de reconciliación surge del hecho de que por naturaleza no solo somos pecadores, sino también enemigos de Dios. Es porque somos pecadores que también somos enemigos de Dios, y como enemigos necesitamos ser reconciliados con Él.

Te hago entonces estas preguntas: ¿Has sido alguna vez justificado ante Dios en Cristo, descansando en Su justicia perfecta? ¿Has sido reconciliado con Dios por la muerte de Su Hijo? ¿Te has presentado ante Dios reconociendo que eres un pecador culpable y perdido? ¿Ha revelado el Espíritu Santo a tu corazón que has sido justificado ante Dios por la sangre y la justicia de Cristo? ¿En algún momento reconociste que eras un enemigo de Dios en tu mente, qué practica obras malas? ¿Te ha revelado el Espíritu Santo que fuiste reconciliado con Dios porque la deuda de tu pecado fue pagada por completo en la cruz?

Estas son preguntas muy importantes, porque solo en la muerte de Cristo como sacrificio expiatorio se llevó a cabo la *justificación* ante Dios y la *reconciliación* con Él. Consideremos Romanos 5:8-10, donde se ponen de manifiesto ambas verdades: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya *justificados* en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos *reconciliados* con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida».

### B. La importancia de «expiar la iniquidad»

Esta es la importancia de esta declaración de la profecía en Daniel 9:24: que nuestro bendito Señor «expiaría la iniquidad». La reconciliación



tiene que ver directamente con el reino de Dios, ya que significa traer de vuelta a aquellos que eran rebeldes y enemigos a una sumisión voluntaria y leal a Dios. En este sentido, debe prestarse atención al gran pasaje de Colosenses 1:12-22, que muestra que, como resultado de la muerte de Cristo, los que tienen «redención por su sangre, el perdón de pecados» (vs. 14) son también «trasladado[s] al reino de su amado Hijo» (vs. 13). ¿Cómo? Sobre la base de que Cristo «[ha] reconcilia[do] consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz». Y el apóstol Pablo añade: «Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte» (vv. 20-22).

Es cierto, pues, que cuando Jesucristo, nuestro Señor, murió y resucitó, la expiación del pecado y la reconciliación de los enemigos de Dios se cumplieron plenamente y de forma definitiva como un hecho histórico. Es importante, entonces, y esencial para una correcta interpretación de esta profecía aquí en Daniel 9:24, tener en cuenta que la expiación y la reconciliación debían cumplirse y, de hecho, se cumplieron, dentro del marco de 70 semanas desde la salida del decreto del rey Ciro para los judíos en la cautividad en Babilonia, hasta su regreso a Jerusalén.

### C. El propósito eterno de Dios en la profecía

Algunos pueden preguntar: ¿Qué significa todo esto? Significa que la profecía tiene que ver con el gran propósito eterno de Dios de establecer Su reino y traer a Él a los pecadores perdonados y reconciliados, como súbditos voluntarios y leales de Cristo, el Rey. Cuando se acercaba el momento, el reino fue proclamado por nuestro Señor mismo y por Su precursor, Juan el Bautista, como algo «cercano». Por lo tanto, las propias palabras de nuestro Señor, cuando se interpretan a la luz de la profecía de Gabriel, son muy significativas. Dijo: «*El tiempo se ha cumplido*, y el reino de Dios se ha acercado» (Mar 1:15). En mi opinión, esto es una evidencia segura de que la 70ª semana de Daniel ya se ha cumplido y no hay que buscarla en un evento futuro.

Permíteme decirlo una vez más, cuanto más profundizo en esta profecía, más aprecio la *bondad* de Dios al enviar a Su único y amado Hijo a morir en lugar de Su pueblo, y a resucitar de la tumba como nuestro Señor y Rey vivo. Querido amigo, ¿lo conoces?

*El Señor es el Rey de Sion,  
Confíe Sion en Él;  
En medio de amigos y enemigos canta Su bondad,  
y de Su misericordia se jacta.*

*Él gobierna en el Monte de Sion,  
Con leyes de paz y gracia,  
Leyes que revelan Su bondad,  
y que abaten el orgullo humano.*

*Posean los santos Su cetro;  
Sus justas leyes obedezcan;  
Reconózcanle solo a Él como Señor,  
Y caminen en el camino celestial.*

—William Gadsby, 1773-1844

## 6. «Traer la justicia perdurable»

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para *traer la justicia perdurable*, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos».

Hasta aquí hemos enseñado que Dios reveló al profeta Daniel que Él había determinado mostrar Su *bondad* y Su *severidad* sobre Su pueblo, los judíos; y que esto tendría lugar en un marco o medida de tiempo, comenzando con el regreso de los judíos del cautiverio babilónico. Este tiempo sería de 70 semanas de días, o 490 años, un año por un día.

Dios reveló a Daniel, a través del ángel Gabriel, que la mayor parte de esta profecía se cumpliría en la 70ª semana, o los últimos siete años, y se cumpliría a través del Mesías, el Señor de la gloria. La nación judía haría que Él fuera crucificado o sería muerto en la mitad de la 70ª semana, es decir, después de 3½ años de Su ministerio terrenal.

Ahora nos encontramos en el versículo 24 de Daniel 9, donde seis cosas fueron determinadas para suceder en esta 70ª semana. Tanto la *bondad* como la *severidad* de Dios se presentan ante nuestros ojos.

La *bondad* de Dios se ve al enviar a Su Hijo unigénito para que muriera en lugar de Su pueblo; y la *severidad* de Dios se ve al traer una desolación total sobre la misma nación, la nación judía. Dios dice de esta nación: «De los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén» (Ro 9:4-5).

Algunos se preguntarán: ¿Por qué tal juicio contra la misma nación que fue el recipiente de la verdad de Dios, y el mismo instrumento que Dios utilizó para traer a Su Hijo al mundo? La respuesta a esa pregunta se

encuentra en las páginas del Antiguo Testamento, donde encontramos cómo la nación judía se rebela continuamente contra el único Dios vivo y verdadero, Su luz, Su conocimiento, Su Palabra, Sus profetas, Su providencia, Su paciencia, Su longanimidad, y vive en un estado de incredulidad. Por lo tanto, en este calendario de tiempo de 490 años, su transgresión se completaría y Dios traería sobre ellos todas las promesas de ira que Él había presentado tan cuidadosamente ante ellos en Levítico 26, Deuteronomio 28 y todos los profetas, hasta Juan el Bautista.

Hasta ahora en este estudio hemos examinado las primeras expresiones mencionadas en Daniel 9:24, las cuales fueron determinadas sobre el pueblo de Daniel, los judíos, y sobre la ciudad santa, a saber: «terminar la prevaricación», «poner fin al pecado» y «expiar la iniquidad».

Consideramos ahora la cuarta cosa determinada, y es que el Mesías debía «traer la justicia perdurable». Ninguna profecía de Dios podría traer más gozo a Su pueblo que saber que el Mesías, el ungido de Dios, traería la justicia eterna a personas que no son más que pecadores merecedores del infierno. Pero esto es justo lo que nuestro bendito Señor hizo por medio de Su nacimiento virginal, Su vida santa, Su muerte vicaria<sup>4</sup> y Su resurrección corporal de la tumba.

Jeremías profetizó esta instauración de la justicia en Jeremías 23:5-6 con estas palabras: «He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA».

Personalmente creo que la característica más prominente del reino de Dios es Su justicia, que fue traída por el Rey, nuestro Señor Jesucristo mismo. Fíjate en cómo se presenta esto en el Nuevo Testamento. Mateo 6:33 dice: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas». ¿Por qué? Porque es una parte vital del reino de Dios, como se enfatiza en Romanos 14:17: «El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo».

¿Por qué debemos buscarla? Porque sin esta justicia perfecta no podemos ser justificados ante un Dios santo. Dios exige una justicia sin mancha antes de permitir que un pecador entre en Su presencia, y esta justicia perfecta solo puede encontrarse *en Cristo*. Esto se presenta muy detalladamente en Romanos 3:21-26, donde se nos dice que Dios ha declarado Su justicia; que la ha establecido mediante la redención en Cristo Jesús; y que Él, un Dios ofendido a causa de los pecados del hombre, puede aún

---

<sup>4</sup> **vicario** – realizado por uno en lugar de otro; sustitutivo.

ser justo cuando justifica a un pecador culpable que ha confiado su alma en las manos del sustituto divino, el Señor Jesucristo.

Podemos decir, entonces, que se debía hacer una obra de justicia. Y esta ha sido cumplida, porque 1 Corintios 1:30 registra que Jesucristo ha sido hecho para nosotros «justificación» por Su obra en la cruz. Esto se confirma maravillosamente en estas palabras que se encuentran en 2 Corintios 5:21: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él».

## 7. «Sellar la visión y la profecía»

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y *sellar la visión y la profecía*, y ungir al Santo de los santos».

Veamos ahora la quinta expresión que fue determinada sobre los judíos, según se registra en Daniel 9. Dice: «Y sellar la visión y la profecía». Debemos prestar especial atención a este «sellar la visión y la profecía», porque entender esto correctamente arrojará mucha luz sobre muchas profecías del Antiguo Testamento relacionadas con los judíos. De hecho, estos pasajes de la Escritura siempre me desconcertaron hasta que pude verlos a la luz de Daniel 9:24.

Tengamos en cuenta lo que hemos dicho muchas veces antes: esta profecía debe tratar tanto de la *bondad* como de la *severidad* de Dios. Y creo que, en esta expresión, «sellar la visión y la profecía», tenemos la severidad de Dios sobre la nación judía. Ahora bien, al comparar esta profecía con Isaías 6:10, vemos que Dios «sellaría la visión y la profecía» a los israelitas según la carne<sup>5</sup> como parte del castigo que ellos mismos provocaron. Dios le dijo a Isaías: «Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad» (Is 6:9-10).

El profeta Isaías también lo pone de manifiesto en otra profecía: «Porque Jehová derramó sobre vosotros espíritu de sueño, y cerró los ojos de vuestros profetas, y puso velo sobre las cabezas de vuestros videntes. Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual, si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado» (29:10-11).

---

<sup>5</sup> **según la carne** – descendientes físicos de Abraham, Isaac y Jacob.

Estas palabras de Isaías, junto con las palabras de Gabriel a Daniel en Daniel 9:24, dan una descripción notablemente precisa de la ceguera espiritual del pueblo y sus gobernantes en los días de Cristo. Aunque leían a los profetas cada día de reposo, como no conocían sus voces, cumplieron estas profecías al condenar a Cristo (Hechos 13:27).

Pon atención a lo que se dice aquí: la visión y la profecía estarían selladas; tanto la visión como el profeta, tanto el ojo como el oído, estarían cerrados para que «no vea ni oiga» (Is 6:10).

Vayamos un poco más lejos. Dos veces en el Nuevo Testamento nuestro Señor aplicó esta profecía de Isaías 6:9-10 a la multitud a la que se dirigía. En Mateo 13, cuando Sus discípulos le preguntaron por qué hablaba a la gente en parábolas, dijo: «Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden» (Mt 13: 11-13). Pero nuestro Señor no nos deja sin respuesta a esta declaración. No; en los versículos 14-15 explica la razón por la que se hacía esto. Era para *sellar* la visión y la profecía, para que no tuvieran más luz de Dios, porque su transgresión contra Dios había llegado al colmo.

Fíjate en lo que dice en los versículos 14-16. «De manera que se cumpla en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, Y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane». Pero añade a Sus discípulos: «Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen» (v. 16).

Lo que nuestro Señor dice aquí, que es el cumplimiento de Isaías 6:9-10 y de nuestro texto de Daniel 9:24, es esto: que Él no daría más luz a los escribas, a los fariseos y a las multitudes que le seguían, para que llevaran hasta el colmo su transgresión al crucificarlo, y hacer caer así la ira de Dios sobre esa generación. Esto se pone de manifiesto claramente en las palabras de nuestro Señor en Mateo 23:32, 34-36 y 38.

Además, el evangelio de Juan hace referencia a esta profecía de Daniel 9:24, Isaías 6:9-10 y 53:1: «El sellado de la visión y la profecía». Juan 12:37-41 dice: «Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los

ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él».

Todo esto es confirmado de nuevo por Pablo en Hechos 28:24-27, cuando cita a Isaías 6:9-10. El apóstol enseña que estas tinieblas en el corazón, esta torpeza para oír y la ceguera de los ojos habían sobrevenido a los judíos de su tiempo porque llevaron al colmo su transgresión, y que la visión y la profecía habían sido selladas.

Si vuelves a Isaías 6, encontrarás a Isaías haciendo una pregunta al Señor en el versículo 11: «¿Hasta cuándo, Señor?». ¿Hasta cuándo estarán las tinieblas del corazón, la torpeza del oído y la ceguera de los ojos sobre el pueblo? Y aquí está la respuesta del Señor: «Hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres, y multiplicado los lugares abandonados en medio de la tierra» (vs. 12).

Todo esto sucedió en el año 70 d.C. cuando Jerusalén fue destruida por completo. «No quedará aquí piedra sobre piedra» (Mat 24:2) y «cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora» (Mat 24:15). Les sobrevino «gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mat 24:21), y los que no murieron fueron dispersados entre las naciones de la tierra, cortados de delante de Dios como nación. ¡Qué juicio tan terrible cayó sobre esta bendita nación! ¿Por qué? Por la rebelión, la incredulidad y la idolatría.

Debemos confesar esto también: a menos que en nuestra propia nación haya un retorno a Él en arrepentimiento, con corazones quebrantados y espíritus contritos, el juicio de Dios caerá de la misma manera sobre nosotros algún día.

Diré de nuevo, como he dicho antes, no es de extrañar que esta extraordinaria profecía haya sido tan malinterpretada en nuestros días, al aplicar todo esto a un evento futuro y a un anticristo. Satanás ha tratado de engañar los corazones de los hombres con respecto al Dios soberano del universo, quien es, al *mismo tiempo*, un Dios de amor y misericordia, y un Dios de ira y juicio.

A todos los verdaderos seguidores de Cristo les extiendo esta palabra de advertencia de Romanos 11:22: «Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado». Mi oración es que Dios tenga misericordia de nosotros.

## 8. «Ungir al Santo de los santos»

### A. Resumen

Al entrar en este quinto mensaje de Daniel 9 sobre la profecía más extraordinaria jamás cumplida, quiero llamar tu atención una vez más a la palabra *determinado*, que encontramos en los versículos 24 y 27: «Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo»; «...con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador...y lo que está determinado se derrame sobre el desolador». La palabra significa haber verificado, haber calculado, haber fijado con precisión, haber establecido de manera concluyente en la mente de uno lo que se va a hacer; estar resuelto a llevarlo a cabo.

Esto es precisamente lo que nuestro Dios ha hecho en esta profecía de las 70 semanas de Daniel 9. Determinó que habría 70 semanas (un año por cada día o 490 años) en las que sucederían ciertos eventos, que efectivamente *sucedieron*. Este período de tiempo se extendería desde la salida de los judíos del cautiverio babilónico a causa del decreto del rey Ciro, hasta la muerte del Mesías en la cruz en la 70ª semana, los últimos siete años. Al determinar que haría estas cosas en un marco de 490 años, Dios realmente lo hizo. Por lo tanto, la 70ª semana de Daniel es algo que ya se ha cumplido, no algo que está todavía en el futuro.

La importancia de todo esto es que Dios puso en las páginas de las Sagradas Escrituras un tiempo determinado en el que daría a la nación de Israel la oportunidad de volverse a Él en verdadero arrepentimiento. Envió a los santos profetas, año tras año hasta Juan el Bautista, llamándolos a arrepentirse y volverse a Dios en Su misericordia. Incluso envió a su Hijo unigénito para ofrecerles misericordia y gracia, pero no quisieron escuchar a los profetas ni al Hijo de Dios, sino que lo enviaron de vuelta al cielo diciendo: «No queremos que este reine sobre nosotros» (Lc 19:14). Por lo tanto, Dios derramó Su ira sobre la nación judía en el año 70 d.C. Él ya no trata específicamente con ellos como nación, sino que envía Su evangelio de gracia a Su pueblo en todo el mundo, llamado de entre los judíos y los gentiles. El Señor Jesucristo está preparando para Sí mismo una novia, Su Iglesia, la cual morará con Él por la eternidad.

### B. «Ungir al Santo de los santos»

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y *ungir al Santo de los santos*». Dn 9:24

Ahora consideraremos la última de las seis expresiones que el ángel Gabriel le dijo a Daniel que sucederían en las 70 semanas de años determinadas «sobre el pueblo de Daniel, los judíos, y sobre la santa ciudad, Jerusalén».

La sexta expresión que encontramos en Daniel 9:24 es «ungir al Santo de los santos». En esta expresión vemos de nuevo por qué esta es la profecía más extraordinaria jamás cumplida. Es porque Dios pone ante nosotros al Santo de Dios, el Mesías, el Ungido de Dios, el Cristo, que fue designado y ungido para realizar la gran obra de la redención. Esto lo hizo mediante el sacrificio de Sí mismo. Porque «por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención» (He 9:12).

Pero esto no fue lo único para lo que fue ungido. Él mismo nos dice en Lucas 4: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor» (Lc 4:18-19). Esto lo hizo en Sus tres años y medio de ministerio terrenal antes de ser «cortado por su pueblo», según Daniel 9:26. Todos los Evangelios lo exponen en detalle: «Cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10:38).

Pero esto no es todo lo que significa la expresión «ungir al Santo de los santos». También significa que, en virtud de Su resurrección, iba a ser ungido «con óleo de alegría más que a tus compañeros» (He 1:9). Es decir, «Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil 2:9-11).

Significa que «operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Ef 1:20-23).

Esta expresión también significa que, en virtud del derramamiento de Su sangre y Su resurrección, y en virtud de Su glorificación a la derecha del Padre en el cielo, Él debía ungir el lugar santísimo del cielo con Su preciosa sangre, convirtiendo el trono de juicio en un trono de gracia para Su pueblo, según Hebreos 9:22-28.



Sin embargo, esto no es todo lo que significa la expresión *ungir al Santo de los santos*. También significa que, en virtud de Su resurrección, ascensión y glorificación a la derecha de Dios Padre, Él ha sido ungido para enviar el don del Espíritu Santo a través de la unción del «lugar santo», que incluye a todos Sus hijos que ha comprado y lavado con Su sangre. Esto lo vemos claramente en muchos pasajes de las Escrituras. En Juan 14:16-17, nuestro Señor dio a Sus discípulos y a nosotros esta promesa: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y *estará en vosotros*».

Pedro, en su mensaje en el día de Pentecostés, dijo que esta promesa de Cristo a Su pueblo se había *cumplido*, y que Él había enviado el Espíritu Santo para llenar Su iglesia con la unción de Su presencia y Su poder. Observa Hechos 2:32-33: «A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís».

Algunos se preguntarán: ¿Qué significa esto para los hijos de Dios? Querido creyente, esto significa que Cristo no solo murió por nuestros pecados y pagó nuestra deuda de pecado en su totalidad, no solo se levantó de la tumba como nuestra justicia y justificación, no solo ascendió a la diestra del Padre como nuestro Sumo Sacerdote intercesor, sino que en virtud de todo esto, nos ha dado de Su Espíritu Santo y hemos sido ungidos como el templo santo de Dios por Su Espíritu. Este derecho de otorgar a Su pueblo el Espíritu Santo y de ungirlo con Su propia unción fue Suyo, en virtud de Su condescendencia, cuando se convirtió en nuestro sustituto divino por el pecado.

¿Qué mayor bendición puede otorgarnos Dios que esta, tener como creyentes la «unción del Santo», lo cual indica que esta unción nos hace santos, separándonos para Dios como propios? Considere 2 Corintios 6:16: «Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo».

No hay palabras más importantes que las que leemos en 1 Juan 2:27: «Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él».

En el caso del creyente, significa que tenemos al mismo Espíritu Santo, que es nuestra unción, que habita en nosotros y nos enseña las cosas de Cristo. Nuestro Señor dijo en Juan 16:13-15 que esta sería la obra que Él realizaría en nosotros cuando confiáramos en Él y acudiéramos a

Él para que nos enseñara de Cristo. Él tomará las cosas de Cristo y nos las revelará; tomará de las riquezas de Cristo y las hará nuestras; nos mostrará las cosas profundas de Dios. Primera a los Corintios 2:9-10 dice: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios».

### C. Riquezas de Cristo reveladas a nosotros

¿Cuáles son algunas de estas riquezas de Cristo y cosas profundas de Dios que nos son reveladas por el Espíritu Santo, que es nuestra unción? Quiera el Espíritu Santo revelarnos estas cosas preciosas.

Una de ellas está en 1 Tesalonicenses 1:4: «Conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección». ¡Conocer que hemos sido elegidos por Dios! ¿No es esto precioso? ¡Elegido, Cristo fue escogido por el Padre para la salvación, para la liberación de todos nuestros pecados, y esto antes de la misma fundación del mundo! (2Ts 2:13-14; Ef 1:4). Otra cosa preciosa que se nos ha revelado es que «los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo» (Ro 8:29). Y esto fue hecho para nosotros antes de que naciéramos. Además, sabemos que *esta obra en nosotros la perfeccionará* porque hemos recibido de Su Espíritu, que habita en nosotros. Él nos transforma de gloria en gloria a Su semejanza en la santificación (2Co 3:18). También tenemos el precioso conocimiento de que hemos sido adoptados en la familia de Dios y, por lo tanto, hemos llegado a ser herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro 8:15-17): «Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!». ¿No es todo esto precioso para nuestro corazón?

Nuevamente las Escrituras hablan de la bendita obra del Espíritu Santo al llamarnos *eficazmente* a Cristo con ese santo llamado de gracia (2Ti 1:9), al convencernos de nuestra necesidad de Cristo bajo la convicción del Espíritu Santo (Jn 16:7-11), al *concedernos el arrepentimiento* para reconocer la verdad (2Ti 2: 25; Hch 11:18), al concedernos y *obrar en nosotros la fe* de los elegidos de Dios (Ti 1:1; Ef 2:8-9; Hch 18:27), al *revelar a nuestros corazones la idoneidad* de Cristo para nuestras almas pecadoras (Gá 1:15-16), y al *obrar en nosotros* diariamente «así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil 2:13).

Además, hemos recibido de Su naturaleza divina (2P 1:4), de Su amor divino (Ro 5:5), de Su gracia divina (Ro 5:2), de Su misericordia divina (Tit 3:5), de Su presencia divina (He 13:5), de Su inmutabilidad divina (He 6:17-19), de Su santidad divina (1Co 1:2; Ef 1:4), de Su fidelidad divina (1Ts 5:24). Incluso hemos recibido de Su lugar de aceptación con el Padre, porque leemos en Efesios 2:6-7 que Dios por Su Espíritu «juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con

Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús».

El Espíritu Santo, como nuestra unción, también nos revela las cosas gloriosas de Cristo, como la realidad de que, en la resurrección, *seremos transformados* en un abrir y cerrar de ojos cuando suene la trompeta final, y nos dará un nuevo cuerpo en lugar del cuerpo corruptible de nuestra humillación, diseñado como el cuerpo glorioso de Cristo, y estaremos para siempre con el Señor en una eternidad de alabanza, amor y santidad sin fin (Fil 3:20-21; 1Co 15:52-53).

Pero lo más importante que se nos revela es la *exaltación de nuestro bendito Señor* ahora y para siempre. El libro de Apocalipsis lo presenta como el Cordero de Dios, a quien alabaremos por toda la eternidad por Su gran obra de redención. Observa Apocalipsis 7:9-12: «Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén».

De esta manera, vemos que lo más importante de lo que se habla en Daniel 9:24, lo que el Príncipe, el Mesías, el Señor Jesucristo lograría en la semana 70 de Daniel, era que Él «ungiría al Santo de los santos». Él mismo fue el ungido de Dios y, en virtud de Su obra, ha ungido a Su pueblo con Su Espíritu. Repito, no es de extrañar que Satanás haya engañado las mentes de tantos hoy en día haciéndoles creer que el cumplimiento de la 70ª semana de Daniel es un evento futuro, porque, en esta porción de Daniel 9, nuestro bendito Señor Jesucristo es magnificado y glorificado en gran manera en la obra que realizó hace casi 2000 años.

## 9. «Sabe, pues, y entiende»

«*Sabe, pues, y entiende*, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con

inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones». Dn 9:25-26

## A. La historia

Veamos ahora cómo en los versículos 25-26 se despliega ante nuestros ojos el calendario de las 70 semanas de años, y cómo todas las cosas mencionadas en el versículo 24 se cumplirían en el ministerio terrenal del Mesías, el Príncipe. Todo esto se cumpliría en la 70ª semana de Daniel 9, o durante los 3½ años del ministerio público de nuestro Señor.

¿Cuál fue el evento u ocasión en la vida terrenal de nuestro bendito Señor, el Mesías, el Príncipe, el Ungido, cuando la semana 69 o los 483 años terminaron y la semana 70 o los últimos siete años de esta profecía comenzaron? En el versículo 25 se nos indica claramente que íbamos a ser capaces de entender todo esto, y que no habría ni debería haber ninguna confusión sobre cuándo comenzó esta profecía y cuándo terminó. Esta fue la razón por la que el ángel Gabriel fue enviado por Dios a Daniel en respuesta a su oración (vs. 19): para que Daniel y todo el pueblo de Dios pudieran entender la mente y la voluntad de Dios en el asunto.

Las mismas palabras de los versículos 25-26 no nos dejan ninguna duda de que el momento del inicio de esta profecía sería a «la salida» de la orden de restaurar y edificar Jerusalén, y a los hijos de Israel se les permitiera volver a Jerusalén desde el cautiverio babilónico.

Este mandamiento o decreto se registra tanto en 2 Crónicas 36:22-23, como en Esdras 1:1-4. «Mas al primer año de Ciro rey de los persas, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías [Jr 29], Jehová despertó el espíritu de Ciro rey de los persas, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito, por todo su reino, diciendo: Así dice Ciro, rey de los persas: Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra; y él me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de todo su pueblo, sea Jehová su Dios con él, y suba». Este fue el mandato de reconstruir la ciudad de Jerusalén con su templo y su muralla.

Sabemos que esto se llevó a cabo, como nos dice Daniel 9:25, incluso «en tiempos angustiosos», bajo Esdras, el sacerdote, como se registra en el libro de Esdras; bajo Nehemías, el copero del rey, como se registra en el libro de Nehemías; bajo Zorobabel, el ungido de Dios, como se registra en el libro de Zacarías; y los profetas Hageo, Zacarías y Malaquías los animaron a hacer esta obra. Querido amigo, todo esto tiene que ver con un texto cumplido de las Escrituras en el Antiguo Testamento, y tuvo lugar en las primeras siete semanas o 49 años.

Luego, las siguientes 62 semanas o 434 años que se muestran claramente en los versículos 25-26 transcurrirían hasta la venida del Mesías, el

Príncipe. Esto nos lleva al final de 69 semanas o 483 años. En mi opinión, en esto no hay nada difícil de entender, si solo dejamos que las Escrituras hablen por sí mismas, y lo hacen muy claramente. Así como el punto de partida de esta profecía está claramente definido, también lo está el final de la misma: los versículos 25-26 nos dicen que habría 69 semanas o 483 años hasta la venida del Mesías, el Príncipe.

## B. El Mesías revelado a Israel

Se plantea, entonces, la pregunta: ¿En qué momento de la vida terrenal de nuestro Señor tuvo lugar esta profecía? ¿Dónde terminó la semana 69 y comenzó la semana 70? ¿Cuándo se reveló a Israel el Mesías, el Príncipe?

La respuesta la tenemos en su propio nombre: ¡Mesías! La palabra «*Mesías*» significa «el Ungido» en el texto hebreo. Del mismo modo, en el griego se lo llamó «el Cristo», que significa lo mismo: «el Ungido». Por lo tanto, solo tenemos que preguntar: ¿Dónde fue presentado Jesús a Israel como el Ungido? Solo hay una respuesta: *en Su bautismo en el Jordán*. Sí, cuando fue bautizado por Juan el Bautista en el río Jordán, nuestro Señor fue «ungido» para Su ministerio, porque fue entonces que el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal, como una paloma. Pedro da testimonio de esto en Hechos 10:38: «Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret».

¿Cuándo tuvo lugar esto? Leamos Mateo 3:13-17: «Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia».

Aquí vemos que el Padre da testimonio: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Esto sucedió en cumplimiento del Salmo 2:7: «Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy». El Padre dio testimonio de la unción de Cristo en Su bautismo: «Este es mi Hijo amado [mi Hijo unigénito] en quien tengo complacencia». También en el Salmo 2:2, Cristo es presentado como el «ungido» de Dios.

Juan el Bautista es también un testigo de la unción de Cristo. Escuche sus palabras en Juan 1:29-34: «El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para *que*

*fuese manifestado a Israel*, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él [esta fue Su unción]. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

De nuevo, las propias palabras de nuestro Señor dan testimonio de Su unción cuando fue presentado a Israel en las aguas del Jordán. Después de Su bautismo, al regresar a Galilea con el poder del Espíritu, llegó a Nazaret, donde se había criado. Al entrar en la sinagoga en el día de reposo, leyó del profeta Isaías estas sorprendentes palabras: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres». Y, después de cerrar el libro, dijo: «Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros» (Lc 4:18, 21). Allí, en ese momento, el Señor declaró ser el «Ungido», es decir, el «Mesías».

Por lo tanto, con este testimonio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y de Juan el Bautista como el instrumento humano utilizado por el Señor para la unción de Cristo, se nos dirige a este acontecimiento en el ministerio terrenal de nuestro Señor como el momento en que se cumplió la profecía de Daniel 9:25. ¿Y cuál era la profecía? Que el Mesías, el Ungido, sería presentado a Israel al final de la semana 69 o la culminación de los 483 años.

Las palabras de la profecía acerca del «Ungido», el Mesías, se cumplieron completamente cuando el Señor fue «ungido» con el Espíritu Santo y fue «manifestado a Israel» por el testimonio de Juan el Bautista. Desde ese gran y maravilloso acontecimiento, hasta el día de Su muerte, estuvo constantemente ante el pueblo en Su papel mesiánico, cumpliendo Su misión mesiánica: yendo de un lado a otro haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, predicando las buenas nuevas del reino de Dios, manifestando el nombre del Padre, hablando las palabras que Su Padre le dio para hablar y haciendo las obras que el Padre le dio para hacer.

Por lo tanto, a la luz de esta clara evidencia de las Escrituras, entendemos que los 483 años o 69 semanas «hasta el Mesías» terminaron en el bautismo del Señor, cuando comenzó Su ministerio como «el Mesías».

### **C. La semana 70: introducción**

Esto nos lleva ahora a una pregunta muy importante: ¿Cuándo comenzó la 70ª semana o los últimos siete años de esta profecía? ¿Debemos entender, como muchos enseñan hoy en día, que estas semanas no son consecutivas y que los últimos siete años aún deben cumplirse en el período futuro de la tribulación? Si esto es así, ¿dónde está el sentido de la

profecía? ¿A quién se aplica y por qué enviaría Dios al ángel Gabriel a dar tal profecía si no podíamos entenderla?

Nuestro Dios no es autor de confusión, sino que es el que proporciona a Su pueblo la luz, el conocimiento y el entendimiento. Y así lo hace en esta gran profecía. Él nos dice claramente en Daniel 9:26 que fue *después* de que terminó la semana 69 que comenzó la semana 70, y que, durante esta semana, la semana 70, el Mesías fue cortado, es decir, fue asesinado en la cruz del Calvario como sustituto de Su pueblo ante Dios.

El ministerio personal de nuestro Señor transcurrió por completo dentro de la 70ª semana. Creo que negar esto es negar la cruz de Cristo, porque este es el punto central de esta profecía: *Cristo y Su muerte sustitutiva por los pecadores*. Este rasgo se destaca por encima de todos los demás cuando comprendemos que fue por la muerte del Mesías que las seis predicciones del versículo 24 debían cumplirse; que fue por la muerte del Mesías que el pacto con muchos (v. 27) debía confirmarse y los sacrificios y ofrendas debían cesar; y que fue por la muerte del Mesías que los juicios devastadores predichos en la profecía debían caer sobre la ciudad, el templo y el pueblo.

La profecía que encontramos en Daniel 9 es maravillosa en su uniformidad. Todos sus detalles *giran en torno a la cruz*.

## 10. «Un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad»

«Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y *el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario*; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones». Dn 9:25-26

### A. La 70ª semana: explicación

Ya hemos visto el tiempo definitivo en el ministerio terrenal de nuestro Señor cuando se cumplió la 69ª semana o 483 años de la profecía dada en Daniel 9:24-27. Vimos en la Palabra de Dios que fue en Su bautismo por Juan el Bautista en el río Jordán que Él fue ungido y presentado a Israel como su Mesías, el Príncipe de Dios.

Esto nos lleva ahora, en nuestro estudio, a la septuagésima semana de Daniel 9, la cual se pone en marcha por sí misma, en la que se llevarían a

cabo las seis profecías que fueron determinadas por Dios sobre los judíos y su ciudad, Jerusalén. El versículo 24 nos dice que estas seis cosas eran: terminar la prevaricación, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. También se nos dice en el versículo 27 que fue durante esta 70ª semana o últimos siete años, por la muerte del Mesías, que el pacto con muchos debía ser confirmado y los sacrificios y ofrendas debían cesar; y que fue por la muerte del Mesías que los juicios devastadores predichos en esta profecía debían caer sobre la ciudad, el templo y el pueblo.

Tengamos en cuenta que era solo durante esta 70ª semana o los últimos siete años, que estas cosas podían cumplirse, y solo había Uno que podía hacer que se cumplieren: el Mesías, el Ungido de Dios, el Señor Jesucristo. Por lo tanto, enseñar, como muchos hacen hoy, que todo esto deberá ser cumplido por algún príncipe que está por venir, el anticristo, y separar la 70ª semana de la 69ª semana por un período de 2000 años, es hacer violencia a esta profecía y desviarnos de todas las demás profecías. Como he dicho antes, esta interpretación corrompida le roba a Dios Su gloria, la gloria de Su *bondad* y *severidad*; le roba a Cristo Su gloria como el Mesías, el Príncipe que vino a cumplir la voluntad del Padre; le roba a Cristo la gloria de Su cruz, porque fue al ser muerto en la cruz que todo esto se llevó a cabo; y le roba al Espíritu Santo Su gloria, porque Él es el autor de esta profecía; le hace decir algo que no dijo. Recuerde las palabras de Isaías 42:8: «Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi *gloria*, ni mi alabanza a esculturas».

## **B. El propósito de Cristo: quitar los pecados de Sus hijos**

Tengamos en cuenta también que cuando esta profecía es interpretada a la luz de su propia enseñanza, hace un lado la falsa enseñanza de que cuando Cristo vino la primera vez, Su propósito era establecer un reino terrenal entre los judíos, pero ellos no le *permitieron* establecerlo por su rechazo a Él. Por lo tanto, Él recurrió a la cruz como Su propósito alterno. Querido amigo, ¡esto es una mentira del infierno! ¿Por qué lo digo? Porque esta profecía enseña, así como toda la Biblia y especialmente el Nuevo Testamento, que el propósito de la venida de Cristo a este mundo fue quitar nuestros pecados por el sacrificio de sí mismo (1Jn 3:5; He 9:26; Jn 12:27).

En Hechos 2:23 leemos: «A este [Cristo], entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole». ¿Y por qué fue «crucificado y muerto»? Hebreos 2:9, 14-15 nos dice: «Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos... para destruir por medio de la muerte al que



tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre».

Lo repetimos de nuevo, el propósito de la primera venida de nuestro Señor a este mundo no fue para establecer un reino terrenal, sino para ser el sustituto de los pecadores ante Dios, para poner fin al pecado, para hacer la expiación por la iniquidad, para traer la justicia perdurable y para ungir al Santo de los santos. Y todo esto fue hecho en Su ministerio terrenal de 3½ años, durante la 70ª semana de Daniel 9.

Ahora, lo siguiente que debemos hacer en el versículo 26 de Daniel 9 es identificar «*el pueblo de un príncipe*» que ha de venir para destruir la ciudad y el santuario. Si tenemos en cuenta que esta profecía tiene que ver no solo con la *bondad* de Dios al enviar a su Hijo unigénito para morir por los pecados de Su pueblo, sino también con Su *severidad* al traer el juicio sobre los judíos por su pecado supremo de crucificar al Señor de la gloria, entonces entenderemos que este príncipe y su pueblo vinieron poco después de que nuestro Señor pronunciara Su lamento en Mateo 23. Escucha Sus palabras cuando se dirigió a los gobernantes de los judíos. «Llenad la medida de vuestros padres... para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra... todo esto vendrá sobre esta generación... vuestra casa os es dejada desierta» (vv. 32, 35-36, 38).

### C. «Destruirá la ciudad y el santuario»

Veamos ahora en Daniel 9:26 lo que iba a ocurrir bajo el príncipe y su pueblo. «Después... será cortado el Mesías, pero no por sí mismo», entonces «el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones». Cuando comparamos estas palabras con las de nuestro Señor en Lucas 21, tenemos ante nosotros un cumplimiento completo de esta profecía: que el príncipe era un líder de un ejército que trajo la desolación total a Jerusalén, al templo y a los judíos en el año 70 d.C. Escucha Lucas 21:20-24: «Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella. Porque estos son días de retribución, *para que se cumplan todas las cosas que están escritas*. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan».

Fíjate en el versículo 22 (de Lucas 21): «Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas». Esto es lo que se predijo en Daniel 9:26.

Todos estos textos de las Escrituras también corresponden con las palabras de nuestro Señor en Lucas 19: «Cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación» (Lc 19:41-44).

#### **D. «Un príncipe que ha de venir»**

Esta destrucción profetizada por nuestro Señor vino sobre la ciudad de Jerusalén, el templo y el pueblo en el año 70 d.C., cuando Tito, el general romano, el príncipe mencionado en Daniel 9:26, dirigió a su pueblo, los romanos, para sitiar la ciudad y conquistarla. Todo esto también corresponde a Mateo 23:32-36, como se citó anteriormente.

Ahora bien, si comparamos Mateo 24:15 con Lucas 21:20, notaremos que «la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel» en Daniel 9:26-27, no es otra cosa que el príncipe romano Tito y sus ejércitos, que trajeron la desolación a la ciudad y al pueblo como se expone en Daniel 9:26. Grabemos esto en nuestras mentes. Daniel 9:26 predice el juicio desolador de Dios que fue ejecutado por los ejércitos romanos bajo Tito, el príncipe, el líder por el cual la ciudad de Jerusalén fue devastada en el año 70 d.C. como «con inundación», una figura usada a menudo para un ejército invasor (Isaías 59:19). La ciudad y la tierra fueron entregadas a las «devastaciones» antiguas que habían sido «determinadas» en los consejos de Dios.

Interpretar al príncipe de Daniel 9:26 como un anticristo que está por venir, como un evento futuro, sería ir en contra del cumplimiento completo de esta profecía que tuvo lugar hace unos 2000 años. Esto está confirmado tanto por las Escrituras como por la historia. Tratar de leer en estos versículos, como hacen muchos, sobre un templo reconstruido en Jerusalén, sacrificios, un anticristo que hace una alianza con la nación judía en un supuesto período de tribulación, es leer en él algo que no está allí y que no puede probarse con ningún pasaje de la Escritura en el Nuevo Testamento.

#### **E. Conclusión**

No, no podemos fragmentar esta profecía aplicando parte de ella a los 483 años antes de Cristo, y luego saltarnos 2000 años y aplicar la última parte de ella, los siete años finales, a otro período de tiempo. Esta profecía es una unidad; se aplica como un todo. Esta profecía pertenece al segundo período de la existencia nacional del pueblo judío, que va desde el

cautiverio en Babilonia hasta la muerte del Mesías en la cruz, y luego hasta la destrucción total de la nación judía en el año 70 d.C. La nación judía debía perdurar como nación solo el tiempo suficiente para cumplir las Escrituras: para cumplir el propósito supremo de Dios, que era traer al Mesías y darle muerte. El tiempo asignado para esto fue de 490 años. Cuando esto se cumplió, el propósito de Dios para Israel como nación se completó, porque sus transgresiones habían terminado. Sus tratos desde entonces han sido con otro pueblo, esa «nación santa» de 1 Pedro 2:9, compuesta por todos los que creen en el evangelio, ya sean judíos o gentiles. Solo ellos constituyen *el verdadero Israel de Dios*.<sup>6</sup>

Alegrémonos también y alabemos al Señor por Su longanimidad. El juicio profetizado no siguió inmediatamente a la muerte de Cristo, porque Él oró por Sus asesinos en la hora de Su muerte: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23:34). En respuesta a esa oración, se les concedió, como nación, un periodo de prueba de cuarenta años (30-70 d.C.). Durante este tiempo se les predicó el arrepentimiento y la remisión de los pecados en el nombre del Señor crucificado y resucitado, y decenas de miles, sí, cientos de miles del pueblo judío fueron salvos.

¡Cuán precioso es esto para nuestras almas, «que la paciencia de nuestro Señor es para salvación»! (2P 3:15).

## 11. «Confirmará el pacto con muchos».

«Y...confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador». Dn 9:27

### A. El clímax de la Biblia

Llegamos ahora al último versículo de Daniel 9. Hemos visto el cumplimiento de la 70ª semana de Daniel. Ahora veremos la consumación del propósito de Dios, el clímax de toda la profecía, el evento supremo de todas las edades: la crucifixión del Señor de la gloria. Fue mediante la consumación de Su redención eterna que abrió una fuente para la limpieza del pecado y de la impureza, que selló el pacto eterno y que dejó de lado para siempre los sacrificios señalados por la Ley.

---

<sup>6</sup> **El verdadero Israel de Dios** – Para más información, véase *El verdadero Israel de Dios* por L.R. Shelton, Jr., disponible en CHAPEL LIBRARY.

En Su muerte expiatoria en la cruz, mediante Su resurrección y Su ascensión al cielo, Jesucristo cumplió las seis expresiones dadas en el versículo 24. Él y solo Él podía lograr estas cosas: terminar la prevaricación, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.

Qué bendito clímax se nos da aquí en el versículo 27. Es un clímax tan grande que toda la Biblia habla de él. Tenemos aquí el propósito eterno de Dios al dar a Su Hijo unigénito para que abriera la fuente de la purificación para Su pueblo, confirmara el pacto eterno con Su pueblo y pusiera fin para siempre a los sacrificios y las ofrendas mediante el sacrificio de Sí mismo.

## **B. «Confirmará el pacto con muchos»**

La primera parte del versículo dice: «por otra semana confirmará el pacto con muchos». Aquí tenemos al Mesías, el Ungido, abriendo el acceso del pacto eterno a muchos, a Su pueblo, durante la 70ª semana, la única semana que queda en esta profecía. La expresión «una semana» no se refiere a la duración del pacto, sino al período en que fue confirmado. Este pacto es un pacto eterno, que Él confirmó mediante el derramamiento de Su preciosa sangre. Fue en *esa semana*, la última de las setenta que habían sido determinadas, que nuestro Señor «entró una vez para siempre en el lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención» y, por lo tanto, abrió el acceso del pacto eterno de gracia para Su pueblo (He 9:12).

Ahora, ¿cómo determinamos que esta es la interpretación correcta de esta expresión «por otra semana confirmará el pacto con muchos»? Primero, podemos descartar la interpretación falsa que dice que la persona de la que se habla aquí es el anticristo que ha de venir, quien se supone que hará un pacto de siete años con los judíos, que les permitirá reconstruir su templo en Jerusalén y volver a ofrecer sacrificios de animales. Lo que no es bíblico debe ser descartado.

Por otro lado, si aplicamos la persona «él» al Mesías de 9:26, entonces veremos que existen abundantes textos de las Escrituras del Nuevo Testamento que mostrarán perfectamente el cumplimiento de este versículo 27. Además, si se toma en cuenta que esta profecía se refiere a Cristo y que este versículo 27 es el clímax de la misma, entonces no tendremos ningún problema para entender esta expresión.

Veamos ahora los textos del Nuevo Testamento que confirman este versículo y este punto de vista. Nuestro Señor mismo dijo que esta expresión «confirmará el pacto con muchos» se cumplió en la noche de la Última Cena. Dijo en Mateo 26:28, cuando dio la copa a Sus discípulos: «esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados». Hay cuatro aspectos aquí que concuerdan con la profecía

de Daniel 9:27. En primer lugar, el que iba a confirmar el pacto era el propio Cristo; en segundo lugar, habla del «nuevo pacto»; en tercer lugar, este pacto fue confirmado por Su propia sangre preciosa; y, en cuarto lugar, los que iban a recibir los beneficios del pacto eran «muchos». Para mí está muy claro y concuerda perfectamente con las palabras de nuestra profecía: «confirmará el pacto con muchos».

¿Cómo sabemos que nuestro Señor introdujo un *pacto eterno* de gracia que, aquí en Mateo 26:28 se le llama el «nuevo pacto»? El libro de Hebreos lo pone de manifiesto de forma tan hermosa en los capítulos 8 y 10. En Hebreos 8:8-13 y 10:15-17, el escritor cita a Jeremías 31:31-34. Este pasaje muestra que el Mesías, el Cristo, mediante Su muerte y resurrección sacaría a la luz el pacto eterno de la gracia de Dios, y que la característica principal de este pacto es el perdón de los pecados. En efecto, la parte más significativa de la misión de nuestro Señor al venir al mundo fue salvar «a su pueblo de sus pecados» (Mt 1:21); esta es la característica principal de Su evangelio (Lc 24:47).

Aquí, en Hebreos 8:8-13, tenemos el contenido del pacto confirmado con muchos, por Su sangre derramada en el Calvario. «He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer».

¿Cómo sabemos que este nuevo pacto es el pacto eterno de gracia revelado por nuestro bendito Señor en la Última Cena, confirmado en el derramamiento de Su sangre, y que es el mismo del que se habla en Jeremías 31 y en Hebreos 8? ¡Prestemos atención a Hebreos 13:20! «Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, *por la sangre del pacto eterno*, os haga aptos en toda buena obra para que hagáis su voluntad». Como podemos ver, Dios solo tenía dos pactos: el pacto de obras que hizo con Adán y el pacto de gracia que introdujo el Señor Jesucristo cuando vino al mundo a morir por los pecadores.

Los hijos de Israel habían roto el pacto de obras, y lo mismo hicimos tú y yo. Si nunca hubiera habido un nuevo pacto, y si no hubiera sido un

pacto eterno, entonces tú y yo nunca habríamos podido ser salvos. Pero es un pacto de gracia, firmado y sellado con la preciosa sangre del Señor Jesucristo. Qué bendito y precioso es saber esto: que el gran Pastor de las ovejas ha hecho y confirmado este pacto con muchos, y que es un pacto eterno, ordenado en todas las cosas y seguro.

Aunque la promesa de Hebreos sobre el nuevo pacto se hizo a toda la «la casa de Israel y la casa de Judá», no todos recibieron sus beneficios. Los que rechazaron a Cristo fueron «totalmente destruido[s] de entre el pueblo» (Hch 3:23, LBLA<sup>7</sup>). Fueron «desgajados» como ramas (Ro 11:17). Vemos entonces la exactitud de la Escritura en las palabras de la profecía de que Él «confirmaría el pacto con muchos», y en las palabras de Jesús de que «su sangre fue derramada por muchos».

La palabra «muchos» se utiliza en una gran cantidad de textos para mostrar esta misma verdad. En Isaías 53:11 leemos: «Justificará mi siervo justo a muchos». De nuevo, en Lucas 1:16: «Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos». También en Lucas 2:34, cuando vio al niño Jesús, Simeón dijo: «Este niño está puesto para la caída y el levantamiento de muchos en Israel». De nuevo, nuestro Señor Jesús dijo en Mateo 20:28: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». También en Romanos 5:19, donde nuestro bendito Señor Jesús es presentado como la cabeza federal<sup>8</sup> de la raza espiritual, se dice de Él: «Así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos». En cada uno de estos textos, la palabra «muchos» se aplica a los que reciben por fe al Señor Jesucristo y los beneficios del Nuevo Pacto, los cuales nuestro Señor aseguró mediante el derramamiento de Su preciosa sangre en la cruz.

---

<sup>7</sup> **LBLA** (Siglas de la Biblia de las Américas) – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la Biblia LBLA ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al inglés de la KJV.

<sup>8</sup> **cabeza federal** – La teología federal sugiere que Adán, como primer humano, actuó como “cabeza federal” o representante legal del resto de la humanidad. Así, Dios entró en una relación de pacto con Adán [en el “pacto de obras”] que prometía la bendición por la obediencia y la maldición por la desobediencia... Como Adán fue desobediente, la maldición se extiende a la humanidad, de la que Adán es el representante del pacto... Así como Adán era la cabeza federal de la humanidad, también Cristo entra en la historia como un segundo Adán, libre de la maldición, y actúa como cabeza del pacto de la justicia [en el pacto de la gracia] para todos los que creen en Él. (Stanley Grenz, David Guretzki y Cherith Fee Nordling, *Pocket Dictionary of Theological Terms*, 50-51)

Con tal abundancia de pruebas bíblicas, ¿no deberíamos alabar al Dios vivo por Su nuevo pacto, el pacto eterno de gracia, y a Aquel que descendió de las alturas del cielo a las profundidades de la tierra para confirmarlo a nuestras almas eternas?

### C. «A la mitad de la semana»

«Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; *a la mitad de la semana* hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador». Dn 9:27

La siguiente expresión que debemos examinar en este versículo 27 de Daniel 9 es «a la mitad de la semana». Como hemos visto, la semana 69 (o 483 años) nos llevó hasta la unción de nuestro Señor Jesús como el Cristo de Dios, en el río Jordán durante Su bautismo por Juan el Bautista, cuando Él comenzó Su ministerio terrenal. Así que, partiendo de esto, concluimos que la semana 70 comenzó en ese momento y que el ministerio terrenal de nuestro Señor duró 3½ años. Por lo tanto, fue en la mitad de la semana que «se quitó la vida al Mesías, mas no por sí». Fue cortado, fue crucificado, fue sacrificado por los pecados de Su pueblo, por los «muchos» a los que el pacto fue confirmado.

Qué preciosa es, pues, esta profecía, porque en ella se nos habla de 1) la venida del Mesías, 2) la gloria que obtendría por el sacrificio de Sí mismo por los pecados de Su pueblo, y 3) el pacto eterno de gracia al cual se nos dio acceso, ese pacto de gracia ordenado en todas las cosas y seguro.

### D. Conclusión

Hay otro aspecto que debemos mencionar aquí: los judíos de la época de Cristo no tenían excusa para no creer, confiar, seguir y postrarse ante Él en obediencia y alabanza. Esta extraordinaria profecía les indicó el año exacto en que Él vendría y lo que haría. Incluso profetizó que sería muerto. Sin embargo, los judíos no le creyeron, sino que ellos mismos fueron los instrumentos utilizados para darle muerte. No es de extrañar que Pablo dijera a la multitud en su sermón en Antioquía en Hechos 13:27: «Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, *no conociendo* a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle».

Así que, querido amigo, a ti que te han educado para escuchar y leer la Palabra de Dios, y has oído una y otra vez el camino de la salvación, si continúas en tu incredulidad, no tendrás excusa en el día del juicio por no adherirte a Cristo y creerle para la salvación de tu alma. La calamidad

pronunciada sobre Corazín, Betsaida y Capernaum se pronunciará un día sobre todos los que rechazan a Cristo: «Tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti» (Mt 11:23-24).

## 12. «Hará cesar el sacrificio».

«Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana *hará cesar el sacrificio y la ofrenda*. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador». Dn 9:27

### A. Introducción

En la última sección, comenzamos a estudiar Daniel 9:27; en él se nos presenta la 70ª y última semana de las setenta semanas que estaban determinadas sobre la nación de Israel, los judíos, su templo y la ciudad de Jerusalén. Hemos demostrado que 1) la persona «él» se refiere al Mesías del versículo 26, 2) en la última semana de esta profecía Él «confirmaría el pacto con muchos por una semana», y 3) a la mitad de la semana, o después de 3½ años de Su ministerio terrenal, Él sería muerto por Su pueblo.

Ahora debemos considerar el resto del versículo 27 para ver que el Mesías, el Cristo de Dios, por el sacrificio de sí mismo «*haría cesar el sacrificio y la ofrenda*», es decir, pondría fin a todos los sacrificios del Antiguo Testamento. Querido amigo, ¡nadie negará esto! Cuando Cristo sufrió y murió en la cruz, ofreciendo así «para siempre un solo sacrificio por los pecados» (He 10:12), Él, en ese momento, hizo que cesaran los sacrificios y las ofrendas de la Ley como designación divina. Ya no eran requeridos por Dios.

En Hebreos 8, 9 y 10, el Espíritu Santo explica claramente, con gran detalle y énfasis, la abolición del Antiguo Pacto con todo lo relacionado con él: el santuario terrenal, el sacerdocio, las ordenanzas del servicio divino y, en particular, los numerosos sacrificios por los que se hacía memoria de los pecados cada año. El Espíritu Santo explica también la confirmación del nuevo pacto, con su santuario celestial, su sacerdocio espiritual, sus sacrificios de alabanza y acción de gracias, todo ello basado en la expiación de Cristo. El gran tema de estos capítulos del libro de Hebreos, como también la profecía de las setenta semanas, es la *cruz*.



## B. Hebreos 8

En ningún otro lugar de la Escritura encontramos un cumplimiento más completo de esta parte de esta bendita profecía, «hará cesar el sacrificio y la ofrenda», que aquí en Hebreos 8, 9 y 10. En el capítulo 8 se nos dice que «aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre» está ahora en el cielo y ya no se necesita en la tierra (8:2). En el versículo 1 se nos dice que nuestro Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo, ministra en el cielo por nosotros, donde se sienta «a la diestra del trono de la Majestad en los cielos». En el versículo 4 se declara que, si Cristo estuviera en la tierra, no sería sacerdote, porque era de la tribu de Judá, y no de Leví, según Hebreos 7:11, 14. Por lo tanto, el sacerdocio terrenal queda eliminado para siempre, ya que no hay necesidad de más sacrificios, pues Cristo «por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención» (He 9:12).

Esto también establece el hecho de que nunca podría haber un templo reconstruido, ni ofrendas de sacrificios de animales que fueran agradables a Dios. Tampoco se sentará nuestro Señor Jesús en un trono terrenal en Jerusalén en un supuesto reino de 1000 años, porque, si volviera a la tierra para establecer un reino terrenal, no podría ser un sumo sacerdote. Esto no es posible, porque Él es «hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (He 6:20).

Vayamos más lejos. En Hebreos 8:6-13, leemos explícitamente que el primer pacto de obras hecho con la nación judía bajo el sistema mosaico fue abrogado, y el Nuevo Pacto de gracia, el pacto eterno, fue establecido con el *verdadero Israel de Dios*, la simiente espiritual de Abraham en Cristo (ver Gálatas 3:16, 28-29). En el versículo 13 leemos: «Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer». Y desapareció, porque nuestro Señor, mediante Su *único* sacrificio por el pecado, «hizo cesar el sacrificio y la ofrenda».

## C. Hebreos 9

En Hebreos 9 encontramos la exposición de las ordenanzas del primer pacto, el ministerio del sumo sacerdote en el santuario terrenal o tabernáculo levantado en el desierto. Cuando llegamos a 9:8-9, encontramos estas palabras: «Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente». Esto nos dice que Dios, bajo los tipos<sup>9</sup> y sombras del Antiguo Testamento, había predicado el evangelio principalmente a la

---

<sup>9</sup> **tipos** – símbolos que representan otras cosas con características similares.

nación judía, pero solo hasta la venida de Cristo, el Mesías, donde «haría cesar el sacrificio y la ofrenda».

En Hebreos 9:11-17, se presenta a Cristo como el Mediador<sup>10</sup> del Nuevo Testamento, del Nuevo Pacto. El pasaje explica que los sacrificios y las ofrendas han cesado porque ha llegado lo *nuevo*. Escucha la palabra de Dios en los versículos 11-12: «Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención». Cuán precioso es esto para nuestras almas, que los hijos de Dios no han sido redimidos con cosas corruptibles como la plata y el oro, o por la sangre de toros y machos cabríos, o por los sacrificios que nunca pueden quitar el pecado, sino con la preciosa sangre de Cristo, el precioso Cordero de Dios, sacrificado por Su pueblo.

#### D. Hebreos 10

Hay mucho más que podríamos mostrar de Hebreos 9 con respecto al cumplimiento de esta preciosa profecía de Daniel 9:27, de que nuestro Señor por Su muerte «haría cesar el sacrificio y la ofrenda». Pero pasemos a Hebreos 10, donde se muestra con más detalle esta gloriosa verdad.

Encontramos en estos textos la mayor prueba de que los sacrificios y ofrendas del Antiguo Testamento han cesado y que nunca más Dios aceptaría los sacrificios de animales, ni siquiera como un memorial en un supuesto reino terrenal de 1000 años de Cristo sobre la tierra. Porque, como podemos ver, este capítulo presenta una visión distinta de lo que se enseña hoy en día, lo cual vislumbra 1) un gobierno de 1000 años de Cristo sobre esta tierra, 2) donde se ofrecerán una vez más los sacrificios de animales del Antiguo Testamento, y 3) que esto será agradable a Dios.

En Hebreos 10:1, se nos dice que la ley de las ordenanzas era solo una sombra de los bienes venideros, los cuales se encuentran en el único sacrificio de Cristo. Los versículos 2 y 3 nos dicen que estas ofrendas no podían hacer perfecto al adorador, «porque la sangre de los toros y de los

---

<sup>10</sup> **Mediador** – intermediario. «Le agradó a Dios, en su eterno propósito, elegir y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, de acuerdo con el Pacto hecho entre ambos, para ser el Mediador entre Dios y el Hombre el Profeta, Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de Su Iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo: A quien desde toda la eternidad le dio un pueblo para que fuera su semilla, y para que fuera redimido por Él en el tiempo, llamado, justificado, santificado y glorificado» (*Confesión Bautista de Londres de 1689* 8.1). Ver también “Cristo el Mediador”, *Portavoz de la Gracia* 23. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

machos cabríos no puede quitar los pecados» (v. 4). Por lo tanto, para que ellos o nosotros pudiéramos ser salvos, tenía que ser por el sacrificio del cuerpo y la sangre de Cristo. Esta es la gran verdad que se expone en los versículos 5-10.

«Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quise; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre».

En estos versículos encontramos algunas verdades muy reveladoras. El versículo 6 dice que Dios no se complace en los holocaustos y sacrificios por el pecado. Repite lo mismo para enfatizarlo en el versículo 8. ¿Por qué? «Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados» (10:4).

Sabemos que, antes de la muerte de Cristo, los sacrificios fueron establecidos por Dios, pero solo como tipo y sombra de las cosas buenas que iban a venir bajo el Nuevo Pacto, introducido por la muerte y resurrección de Cristo.

La segunda verdad que se destaca en estos versículos es la disposición de nuestro bendito Señor Jesús de tomar para Sí el cuerpo preparado por Dios Padre, en el que iba a hacer el único sacrificio por los pecados para siempre. ¡Oh, qué gran condescendencia de nuestro bendito Señor para tomar nuestro lugar de pecado y muerte y soportar la ira de Dios que nosotros merecíamos! Cristo, el Hijo eterno de Dios, dice: «He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado». Esta profecía fue dada en el Salmo 40:6-8. Luego, en el versículo 9, nuestro bendito Señor repite las mismas palabras: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad».

Si rechazamos estas palabras de nuestro Señor en Hebreos 10:9 como un cumplimiento de la profecía de Daniel 9:27, de que Él «haría cesar el sacrificio y la ofrenda», entonces, ¿en qué lugar de la Escritura deberíamos buscar su cumplimiento? ¿Aceptaremos la postura falsa de que estas palabras se cumplirán en un período de tribulación en el futuro, por un anticristo que ha hecho un pacto con los judíos apóstatas<sup>11</sup>, para traer de nuevo los sacrificios de animales? Esta postura no tiene ninguna evidencia

---

<sup>11</sup> **apóstata** – haber abandonado la fe que una vez se profesó.

bíblica, pero aquí en Hebreos 10:9 tenemos toda la evidencia que necesitamos de que nuestro bendito Señor, por el sacrificio de Sí mismo, eliminó el primer pacto para establecer el nuevo pacto, y así hizo cesar los sacrificios y las ofrendas.

Creo que Hebreos 10:10 es uno de los textos más importantes de la Biblia; nos dice que lo que no pudieron hacer todos los millones de sacrificios de animales del Antiguo Testamento, *efectivamente lo ha logrado* el único y gran sacrificio de Cristo. ¿Cuál es? Escúchalo y regocíjate. «Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre». Alabado sea el Señor por tal redención; alabado sea el Señor por tal sacrificio: que yo, un pobre pecador, merecedor del infierno, culpable y condenado, pueda estar delante de Dios justificado y santificado para siempre en la justicia y la sangre de Cristo. Esto alegra nuestras almas y produce alabanzas para Él por siempre y para siempre.

Por lo tanto, concluimos que la interpretación moderna que excluye a Cristo y a la cruz del último versículo de Daniel 9 (donde alcanza su clímax), y pone en este al anticristo y a hechos imaginarios, hace violencia a la Escritura y un grave daño al pueblo de Dios.

#### **E. «Con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador»**

Queda todavía una frase en Daniel 9:27 que debemos ver antes de terminar. Es la expresión: «Con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador». Aquí encontramos de nuevo la *severidad* de Dios contra la nación judía, su templo, y la ciudad de Jerusalén, por su rebelión, idolatría, incredulidad y el pecado supremo de todos ellos: la crucifixión del Señor de la gloria. Sí, la abominación desoladora vino sobre ellos en su totalidad en el año 70 d.C. Esto se expresa en Lucas 21:22: «Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas». Como nos dice Lucas 21:24, los que no fueron muertos en esta desolación de Jerusalén por el príncipe romano Tito y sus ejércitos romanos, fueron «llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan». La Palabra de Dios es muy clara en cuanto a que los tiempos de los gentiles continuarán hasta la venida de nuestro Señor en su gloriosa segunda venida (Ro 11:25; Hch 3:20-21; 1Co 15:23-26).

#### **F. Conclusión**

Esta es la *profecía más extraordinaria jamás cumplida*, porque está centrada en Cristo y en Su cruz. Magnífica la gracia soberana de Dios y Su propósito eterno en Cristo Jesús nuestro Señor. Muestra los seis eslabones de la cadena de oro de Su soberanía, que encontramos en Romanos 8:28-

30: Su propósito eterno, Su presciencia eterna, Su predestinación eterna, Su llamado eficaz eterno, Su justificación eterna y Su glorificación eterna.

Esta es también la profecía más extraordinaria jamás cumplida porque demanda nuestra alabanza y adoración cuando contemplamos a nuestro Dios trino en Sus gloriosos atributos de amor, gracia, misericordia, bondad, fidelidad, paciencia, longanimidad, santidad, inmutabilidad, poder, soberanía e ira. Escuchemos como lo resume el apóstol Pablo en Romanos 11:33-36:

«¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén».

